

Hay momentos en que este libro produce una desazón tan acentuada, que uno habría preferido no haber comenzado su lectura. Pero es tan potente la capacidad expresiva de Georges Duhamel, tan claro y apropiado su lenguaje que, irremediabilmente, uno se siente arrastrado a continuar leyendo. Y tal vez, sin que Georges Duhamel se lo haya propuesto, le comunica al lector un odio verdadero y apasionado a la guerra, esa consecuencia sangrante y esterminadora, absolutamente inevitable, de la actual situación política y económica que rige en casi todos los países del mundo.

Una escritora francesa cuenta que un novelista de la misma nacionalidad, «grand bourgeois», le decía: «Lo que me desagrade en las obras de Georges Duhamel, es ese olor a casa pobre, a gente mal lavada, a papas fritas en grasa ordinaria»... Sin duda, Georges Duhamel no es escritor para gente fina y engominada, de tan sutil olfato. Entendemos que tampoco le interesa su elogio o su repudio, ya que conscientemente se ha dedicado a interpretar a los humildes, oficio que como escritor cumple con honorabilidad. No obstante, también ha publicado libros—como *Los Placeres* y *los Juegos*—de tan puro idioma y de sencillez tan acabada que resulta auténticamente clásico. En este volumen relata su experiencia de padre, observando el proceso de desarrollo de sus dos hijos, en los primeros cuatro años de su existencia. Es un libro que pueden leer los individuos de fino olfato... sin temor de que sus sensibilidades sufran.

En verdad, Georges Duhamel es acreedor a una difusión amplia y a una estimación sin restricciones.—ARTURO TRONCOSO.



EL DELIRIO RACISTA, por el profesor *Camilo Berneri*.

Hace poco ha iniciado en Buenos Aires sus labores la Editorial Imán, con diversas publicaciones, todas orientadas en un

mismo sentido doctrinario y político. A esta redacción han llegado varias de sus obras. Entre ellas, la presente, que nos interesa comentar debido a la divulgación que hace respecto a la cuestión racial desde un punto de vista estrictamente científico, poniendo al alcance del lector las más modernas teorías al respecto, que destruyen el prejuicio de las «razas puras» que ha suscitado tan diversos comentarios, como consecuencia de la utilización de carácter político que ha hecho de ellas el gobierno de Hitler.

El profesor Camilo Berneri, autor de *«El Delirio Racista»*, es de nacionalidad italiana. De su país tuvo que huir para escapar a las represiones gubernamentales, cuando el Estado obligó a todos los profesores a sindicalizarse en las organizaciones fascistas y a jurar fidelidad a Mussolini, pues el profesor Berneri era y continúa siendo un antifascista decidido. Su labor de rebelde permanente lo ha urgido a vivir en continuado nómadismo. Ha sido expulsado de Francia, Bélgica, Luxemburgo... Pero su entusiasmo por el ideal político que ha abrazado no lo abandona, persiguiendo su obra con verdadera tenacidad, como militante de su causa, escribiendo en revistas y periódicos de carácter pedagógico y sociológico; publicando libros polémicos, como *El Espionaje Fascista en el Extranjero*; *Moral y Religión*; *Un Federalista Ruso*; *Mussolini*; *Gran Actor*; *El Delirio Racista*, etc. Al decir de los editores, un hebdomadario de los Estados Unidos de Norte América le está publicando un estudio de notable valor, titulado *Nietzsche contra Nietzsche*.

En el presente volumen, no obstante su carácter partidista manifiesto, el profesor Berneri, no olvida jamás de afianzar siempre sus afirmaciones con la cita científica precisa, destruyendo los razonamientos en defensa de la «raza pura», punto de vista insostenible si es enfocado con un criterio esencialmente científico, materia que el conocimiento etnográfico ha dilucidado con amplitud, reduciéndola a la situación que le corresponde.

En verdad, el hitlerismo al sostener la pureza de la raza aria se apoya en doctrinas etnográficas precientíficas y que si en algún tiempo tuvieron una aceptación más o menos extensa, se debió en no escasa parte al poco desarrollo que había alcanzado esta rama del conocimiento humano. Pero, en el natural proceso de crecimiento de esta ciencia, con el perfeccionamiento de los métodos e instrumentos de investigación se ha podido arribar a la conclusión que en la actualidad no existe en el mundo ninguna raza auténticamente pura. Max Müller, precisamente, o sea el primero que usó el término de «pueblos arios» se ha visto en la necesidad de manifestar que un «etnólogo que habla de raza aria, de sangre aria, de cabellos y ojos arios, es tan gran pecador como el lingüista que hablara de un diccionario dodico-céfalo o de una gramática braquicéfala». El mismo Mussolini, que en el fondo tiene tanto contacto con Hitler, a pesar de su superioridad individual, en lo que concierne a sus respectivos cuerpos de doctrina, más bien dicho, en su sentido de finalidad, y a los métodos que usan para gobernar a sus pueblos sobre todo, le decía a Emil Ludwig en una de las entrevistas que éste le hiciera. «Ya no existe raza pura. Cosa cómica: ninguno de los defensores de la raza pura germánica ha sido germano: Gobineau era francés, Chamberlain era inglés, Woltman, judío». La verdad es que Mussolini no ha tenido la necesidad de sostener el mito de la raza pura, sino también la habría agitado como una bandera política, ya que el semitismo no es ningún problema para el fascismo italiano. Hitler, por su parte, llega a afirmaciones totalmente excluyentes. El 6 de abril de 1933, hablando con los representantes de las organizaciones médicas de Alemania, les decía: «Las más grandes conquistas, en el dominio intelectual, jamás han sido realizadas por elementos extraños a la raza, sino, al contrario, por cerebros arios y alemanes». Creemos que no existe ninguna dificultad en probar lo poco serio de semejante opinión; cualquiera puede hacerlo con ejemplos infinitos. Está demás que lo hagamos nosotros. Según el

profesor Berneri, en su libro «*Mein Kampf*» páginas 478, 79, 316, 332). Hitler protesta airadamente contra la emancipación intelectual de los negros, considerándolo un atentado a la razón, una locura criminal «adiestrar a un semimono hasta llegar a creer que se ha hecho de él un abogado».

Entendemos que fué el Conde de Gobineau el primero en mantener en su *Ensayo de la Desigualdad de las Razas Humanas* la teoría de la superioridad sobre todas ellas, de la aria. De esta hace descender a los helénicos y a los germanos modernos, afirmando que todo lo ario es grande. El mismo remonta su ascendencia a los vikings escandinavos que invadieron primitivamente a Francia, como afirma en su libro «*Historia de Otto Jarl*». Goebels, imitándolo, ha publicado su árbol genealógico, intentando demostrar que todos sus antepasados eran arios puros. El hitlerismo, pues, no ha inventado nada, ya casi todas las teorías de Gobineau, muy certeramente llamado «novelista de la etnografía» por el profesor Berneri, son las mantenidas por sus partidarios.

En verdad, el Conde de Gobineau formó una escuela que tuvo partidarios principalmente en Alemania. Uno de ellos, Woltman, en su obra «*Los Alemanes en Italia*» afirmaba, entre otras cosas, que Leonardo da Vinci, era no sólo de origen ario, sino que tenía nombre alemán, Winke. El profesor Berneri observa que Vinci es el nombre de una aldea del apenino toscano... No es de extrañarse entonces que en las escuelas de Alemania se enseñe a los muchachos que Cristo nació de madre de ojos azules y cabellos rubios y de un soldado romano enrolado en el ejército romano, como dice Berneri. Más aún, un diario hitleriano (*Voelkischer Beobachter*, 14-3-33), manifestaba que «la Marsellesa es un antiguo coral alemán, cuya música se debe a un compositor wetemburgués».

La influencia del Conde de Gobineau en el ideal racista hitleriano es, además, manifiesta, en mucho otros aspectos. Según el Conde francés, por ejemplo, es el dodicocéfalo rubio el

vérdadero ideal étnico. La ciencia etnográfica está hoy en día de acuerdo en asegurar que las medidas craneológicas «no son índices de la capacidad mental y del valor moral de los pueblos ni de los individuos». Sin embargo, los etnólogos alemanes parecen querer ignorar que es muy frecuente encontrar sujetos dolicéfalos entre los hotentotes y los esquimales, pueblos auténticamente primitivos, y que hombres como Kant, Lutero, Beethoven, Bismark, han sido braquicéfalos. Está demás decir que todos ellos fueron personalidades francamente significativas en Alemania.

Sinceramente es, en realidad, imposible para un sujeto independiente, como el que comenta, poder simpatizar con las teorías nazistas sostenidas por los partidarios del movimiento nacional socialista alemán, pues, la ciencia etnográfica no puede soportar sus conclusiones, que están en palmaria contradicción con las teorías sustentadas por los etnógrafos actuales. Los ejemplos abundan en tal cantidad que puede escribirse otro libro como el de Camilo Berneri, a base de ellos. Creemos que son suficientes los ya expuestos para probar la inexactitud de la teoría etnográfica agitada por los leaders del nazismo. Si así no fuera, en cualquier ocasión podemos ampliarlos.—A. TRONCOSO.



HOMBRES. Eugenio González. Editorial Ercilla, 1935.

Apresurémonos a considerar este libro desde el punto de vista meramente retórico, porque plantea problemas de otro interés y trascendencia.

Al constatar las grandes cualidades del escritor: estilo vigoroso y sobrio, intensidad dramática, profundidad del sentimiento de lo humano, pasión contenida: resaltan los defectos de «Hombres» como novela.

Los veinte breves capítulos que componen el libro, breve también, están tan débilmente unidos entre sí que parecen yux-